

Un fantasma de la histeria: la que reina sobre el amo

Silvia Polti

Trabajo presentado en la Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis, Buenos Aires, 2013

En el Seminario el reverso del psicoanálisis, Lacan formula el Discurso de la histérica:

$$\begin{array}{l} \underline{\$} \rightarrow \underline{S1} \\ a \quad S2 \end{array}$$

En este discurso, el sujeto dividido está en el lugar del agente, desde ahí se dirige a un S1, significante amo, que está en el lugar del otro. Lo que el otro produce es un saber acerca del objeto, el cual está en el lugar de la verdad.

El otro al que se remite el sujeto histérico, no es cualquier otro, en la medida en que debe encarnar al significante amo. Aquí va a situar también al analista en la transferencia: Sujeto supuesto al saber. Sin embargo, Lacan dice que “lo que la histérica quiere es un amo, un amo sobre el que pueda reinar. Ella reina y él no gobierna” (Lacan, 1970). Es decir, quiere alguien que encarne un significante amo, desde el cual va a producir ese saber, pero que es, al mismo tiempo, un amo castrado. Se trata del Otro agujereado, en tanto, ese agujero, en el fantasma, ella lo va a cubrir en calidad de objeto. Su goce se produce en ese lugar. Lugar del objeto precioso, que su partenaire sabe que ella puede ser. El lugar de objeto se recubre, fantasmáticamente, bajo las formas del amor, de lo erótico.

Lacan sostiene en ese Seminario que “la histérica fabrica, como puede, un hombre- un hombre que está animado por el deseo de saber” (Lacan, 1970). En este cómo puede, se articula lo sintomático de la relación al hombre, que es retorno de su posición ante la función fálica. Es la roca viva de la castración, con que Freud, en primer lugar, se topa. En la riqueza de los historiales freudianos podemos apreciar el despliegue de las cuestiones de la histérica con el padre. Al decir de Catherine Millot “la histérica demanda al Padre...su razón. Pero esta razón le parecerá, al igual que el falicismo que él instaura, siempre insuficiente” (Milliot, 1988). La demanda al Padre, dice esta autora, es “demanda del significante faltante que la haría Mujer” (Milliot, 1988). Como demanda tiene una dimensión de desmesura, concordante con el fantasma de la imagen del Padre ideal. La demanda no puede ser satisfecha y el Padre está siempre puesto en cuestión. La histérica exhibe su división de sujeto, presentándose como sin fe.

Entre el lugar de la producción (donde se ubica el saber en este discurso) y el lugar de la verdad (donde se ubica al objeto), hay una barrera, que implica una impotencia. La histérica “demuestra y denuncia la impotencia del amo para producir un saber que pueda dar cuenta de aquello que causa el deseo del sujeto” (Bruno, P., 2010). Se produce un deslizamiento de lo que es del orden de la imposibilidad a lo que es del orden de la impotencia. Lo que la histérica denuncia como impotencia, deja el margen a la posible existencia de un Padre Ideal, potente. Lo que elude así es lo real de la imposibilidad del encuentro con el objeto. La histérica está dispuesta a sacrificar hasta su vida para que ese ideal tome existencia. A la vez que denuncia la impotencia del amo, se atrinchera en la insatisfacción. Sostiene un deseo insatisfecho, que es un modo del goce, en la medida en que, en su fracaso, se repite.

Lacan encuentra en la compulsión a la repetición el fundamento de un modo de dar cuenta de lo que excede a lo simbólico: lo real del goce. Sostiene que “el discurso de la histérica revela la relación del discurso del amo con el goce, en la medida en que el saber ocupa el lugar del goce” (Lacan, 1970). En ese lugar de la producción en el discurso, ubica también la pérdida. Por lo tanto, se trata más bien del saber en tanto pérdida de goce. La histérica quiere que el otro sepa muchas cosas, pero no las suficientes, como para no creerse que ella es el premio supremo por todo su saber. El saber que la histérica espera que el otro, su partenaire, tenga, es un saber acerca de ella, “que el otro que se llama hombre sepa en qué objeto precioso se convierte ella en este contexto de discurso” (Lacan, 1970).

El objeto, en su articulación en el fantasma, como ese objeto precioso, viene a taponar el agujero en lo real, produciendo la ficción del Padre. “Mediante el fantasma, el sujeto anuda la ficción del Padre a la fijación de lo real del plus de gozar” (Milliot, 1988).

El análisis, al producir el desenmascaramiento de la función de taponamiento del objeto, opera la destitución del Ideal, liberando al sujeto de la carga de sostener el Ideal con su sacrificio.

Por otra parte, si se considera que el discurso de la histérica transcribe un modo de lazo social, entonces “este lazo social pone en evidencia el deseo y su exacto posicionamiento... en tanto concierne a todo sujeto, y no solamente a los sujetos histéricos” (Bruno, P., 2010, pág. 270). En otros términos, el deseo es, por definición, insatisfecho. Entonces si decimos que la verdad sobre el objeto es algo que ningún saber puede abarcar, hay que acentuar el carácter radical de esta afirmación. Esto es crucial en la clínica, ya que, si el psicoanalista no está advertido, puede precipitarse a señalar de qué objeto se trata. Lo muestra Lacan

en el análisis de Dora, cuando Freud se precipita a señalar al sr. K como su objeto de amor. La condición esquivada de la verdad, funciona como enigma en el discurso de la histérica: ¿qué es una mujer? ¿qué quiere una mujer? El Otro no puede saberlo todo y el enigma se conserva.

Referencias bibliográficas:

Bruno, P.: "Lacan pasador de Marx" S&P ediciones, Barcelona, 2012

Freud, S. "Análisis terminable e interminable" (1937), en Obras Completas. Amorrortu, Bs. As., 2006

Lacan, J.: "El reverso del psicoanálisis" (1970), Paidós – Bs. As. 2012

Milliot, C.: "Nobodaddy. La histeria en el siglo". Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1988